

Sarampión canario

Antonio Machado Carrillo*



A usted es muy probable que le gusten los huevos fritos, al igual que es casi seguro que los aborrecería cordialmente si tuviera que tomarlos todos los días. En esta tontería se esconde la violación de un importante principio del orden armónico de las cosas: el principio de la medida.

Es de un tiempo acá que a los canarios nos ha dado por ser muy canarios, llevando este terruño sentir hasta extremos de sincera y franca estupidez chauvinista. Mas no voy de extremos, que son cosa propia de la banalidad veraniega. Voy de escaparatados; de escaparates sobresaturados.

Causa asombro justificado ver cómo proliferan en las librerías las obras sobre temas canarios. ¡Es impresionante! Soy sincero al decir que admiro el esfuerzo editorial que todo ello supone, y que bien podría haber

estado acompañado por el equivalente esfuerzo intelectual de sus autores o promotores. Que las honrosas excepciones —que son abundantes—, me disculpen, lo que supongo les será fácil si comparten mi tesis: nos estamos pasando...

Recuerdo aquellos años donde frustrado volvía al colegio al no haber encontrado «granito» en el barranco. Aquellos ríos con abetos y pastorcillos regordetes eran más un nirvana, que tema de geografía para un isleño. Luego, en la Universidad, quienes nos interesábamos por las características y señas de identidad de estas islas coquetas no teníamos más remedio que desfilar por las lenguas extranjeras, por los clásicos de Canarias, que en su mayoría, no eran de aquí. Triste en verdad.

No cabe duda que hoy la situación es bien distinta, pero el noble deseo de producir y recuperar nuestra propia cultura, ha

ido más allá del estudio sensato, de la traducción fiel, de la recopilación y divulgación de lo canario. La ligereza, la inventiva, el proselitismo, la vanidad, el apuro, el chauvinismo, la demagogia, el lucro, el oportunismo, la inexactitud, la tontería y demás suerte de calamidades, han hecho mella en este movimiento de definición cultural canario y el resultado es, salvando de nuevo las honrosas excepciones, una insondable chapuza.

No auguro claridad a quien hoy pretenda saber si un hecho dado es historia, leyenda o flipeo, o, a escala más bucólica, si el Pájaro Azul del Teide, vive o no allí de verdad. Hemos creado un sustrato bibliográfico complejo, una empanada —eso sí, colorista—, en el que, al ritmo que vamos, pronto será muy difícil separar el trigo de la cizaña. Además, la sobreabundancia, dispersión e imprecisiones en algunos temas, están generando

síntomas claros de confusión y desgaste en el lector canario. Con ello, creo, se está haciendo un flaco servicio a nuestra tierra y cultura. Es a menudo preferible la ignorancia que la distorsión de los hechos y las cosas. La prisa siempre ha sido mala consejera...

A autores, editores, promotores, mi súplica es simple: que quiten virulencia a este sarampión canario. Que el don de la medida vuelva al papel. No dejen que los libros, como los huevos fritos, acaben saliéndonos por las fosas nasales y por las orejas, fruto del empacho más insensato que nos estamos dando en nuestra historia inmediata.

* Lector aburrido